

Otro libro de recopilación es *Cosas que fueron*, publicado en 1871, en el que reúne dieciséis artículos de costumbres, prologados por Ramón Rodríguez Correa. A pesar de la condición de los textos, dice en uno de ellos Alarcón: «Los artículos de costumbres no están ya de moda... ¡Cómo han de estarlo si no se estilan ya las costumbres!». Perfilados con desparpajo y humor, hechos en buena medida para distraer a los lectores, los artículos son agradables de leer. Pero aparte de los que son sólo cuadros costumbristas, como *Diario de un madrileño*, *El carnaval en Madrid* o *Visitas a la marquesa*, algunos otros son también importantes para conocer de cerca al autor, como *La nochebuena del poeta* o *Un maestro de antaño*. La pieza más conmovedora es *Lo que se ve con un antejojo*, en el que relata cuan bárbara es la «justicia» militar, que condena a muerte a un soldado por haber golpeado ligeramente a un sargento que le había previamente insultado.

A medio camino entre libro de viajes y recreación histórica de Boabdil y de Aben Humeya y las revueltas de los moriscos. *La Alpujarra* nace de una excursión en la que pretende olvidar el reciente fallecimiento de una hija. Escrito en 1873, se publica entrado el año siguiente, y se desata la polémica, acusándole parte de la crítica de ultramontano, neocatólico y lindezas por el estilo. La verdad es que alguna proclama contra el ateísmo y el materialismo sí que hay, pero tampoco es como para que se desaten las iras. Así justificaba el viajero su expedición: «La Historia, pues; la Geografía; mi culto filial a Sierra Nevada; no sé qué pueril devoción a los moros, ingénita a los andaluces; la privación, los obstáculos, la novedad y el peligro, conspiraban juntamente a presentarse como interesantísima una excursión por la Alpujarra».

Aquel mismo año sale la más célebre y leída de las obras de Pedro A. de Alarcón, *El sombrero de tres picos*. Si estas páginas las comparamos con las de *El final de Norma*, nos daremos cuenta del paso de la novela romántica a la realista que se verifica en la época.

El tema del molinero de Arcos es antiquísimo en la literatura popular, estando presente en la árabe y en los cuentos de Boccaccio. En el folclore español también tenemos preciosas muestras, existiendo el romance recogido por Agustín Durán en su *Romancero General*, y la *Canción nueva del corregidor y la molinera*, que ha sido popular hasta el punto de haberse cantado, y entre otras versiones recordamos una preciosa por bulería ejecutada por Pericón de Cádiz. También ha servido de inspiración para el ballet que Falla compuso para la compañía de Diaghilev.

Su posición ultramontana y moralizante hace que la versión de Alarcón no desemboque en adulterio, como acaece en la historia popular. Asimismo, hay otra razón del cambio, que apunta Vicente Gaos, y ella es que habiendo en España un concepto tradicional del honor, tratándose de adulterio, el tono tendría que ser necesariamente trágico, con duelo incluido, y Alarcón quería conservar el cariz cómico, grotesco, con sus ribetes de comedia de enredo. Al mismo tiempo, el tono jocoso de broma que utiliza nuestro autor edulcora moralmente la historia.

Por lo demás, la novela está muy bien escrita, y es lógica la dimensión del éxito que ha obtenido. A Alarcón se le sigue identificando con *El sombrero de tres picos*. Si acaso, las descripciones que en los primeros capítulos hace del molinero y la molinera, y de las razones por las que el matrimonio está tan excelentemente avenido, resultan un tanto infladas artificialmente.

Punto controvertido en las cortes de la época y también en el ambiente general de la calle fue el de la libertad religiosa. La revolución del 68 abrió paso a discusiones que durante tantos años habían sido impensables. Por fin, en 1869, se promulga la ley de libertad religiosa, y a partir de entonces es defendible públicamente cualquier postura. Se forman dos grupos agriamente enfrentados: los racionalistas y los neocatólicos, a los que se llamó ultramontanos.

Como no podía ser de otra manera, la disputa se traslada a la literatura y a la crítica literaria. Alarcón, ultramontano convencido, publica en 1875 su novela de tesis *El escándalo*. La carga ideológica es tan fuerte que asfixia la narración, y más agobiante se hace por la excesiva duración de la obra. La confrontación del bien y del mal es un tanto caricaturesca. Fabián Conde, protagonista de la novela, es un noble calavera, repleto de vicios, en el que quiere representar Alarcón lo disipados que son los liberales, los racionalistas, los ateos. Desde el principio, Conde es un personaje debilitado, atormentado, entregado y sumiso al sacerdote jesuita, que, por supuesto, representa la moral, aunque la verdadera conversión del libertino vendrá por el amor de una mujer, recipiente de todas las virtudes posibles. Entre las diversas historias que se entremezclan hay una copiada del tema clásico de Fedra.

Si hemos de creer a Canalejas, generalmente bien informado, la primera edición se agotó a los cinco días de ponerse a la venta. Ni qué decir tiene que el debate al que aludíamos se suscita inmediatamente en la crítica de los periódicos, siendo una ocasión más, para que se anatematicen y se dediquen lindezas los unos y los otros, con evidente injusticia, pues ni todos los católicos eran oscurantistas e ignorantes, ni tampoco los racionalistas tenían que ser frívolos o nadar en la concupiscencia. Viéndola con ojos de ahora, *El escándalo* nos parece bien escrita, pero le sobran páginas y tesis.

José Fernández Montesinos, comentando la polémica en torno a esta novela, afirma que es lamentable que Alarcón «preso de una verdadera manía persecutoria, no se tenga por un novelista discutido como tal, sino como un mártir cristiano».

En diciembre de 1875, es elegido miembro de la Real Academia Española, nombramiento que hace realidad una de las mayores aspiraciones de Alarcón. Trece meses después lee el discurso de ingreso con el asunto de «Sobre la moral en el arte», texto que incluirá en el libro *Juicios literarios y artísticos* (1883). Nuestro novelista alude a «la intención moralizadora que siempre ha guiado los cortos vuelos de mi pluma», añadiendo que «he propendido a que la belleza de la forma sirviese de gala y realce a la bondad o a la verdad de los pensamientos». Por supuesto que no acepta la separación de la belleza y la moral, y para argumentarlo se basa en un repaso histórico

de las literaturas más importantes desde la griega y la latina. Planteamientos propios de la época, y propios asimismo de la corriente neocatólica que defiende.

Tan mal le sientan las críticas recibidas por *El escándalo*, que escribe *El Niño de la Bola* para «que sirva como de interpretación auténtica a *El escándalo*, que restablezca su verdadero sentido, que marque los límites de su tendencia, y que deje en completo ridículo a los que confundieran la caridad más desinteresada con no sé qué afán de reclutar prosélitos para tal o cual escuela política o filosófica». Quiso demostrar, según sus palabras, que «la simple religiosidad del hombre, su piedad abstracta, se deísmo puro sería indispensable para que no careciese de vida el alma, ni de alma la sociedad».

La historia tiene su similitud con la de los célebres amantes de Teruel, personajes muy queridos por el romanticismo, aunque nos aclare Alarcón que está basada en un suceso que presenció siendo niño. Esto no es razón, en cualquier caso, que justifique la inclusión disparatada de *El Niño de la Bola* en una colección de novelas históricas, como recientemente se ha hecho. Un poquitín lacrimógena y sensiblera, como le gustaba a nuestro autor, la novela pone en escena algunos protagonistas rayanos en el tópico, a causa de su obsesión ideológica, como un librepensador que lo es por odio a la humanidad (justamente lo contrario de lo que fue el librepensamiento), o las sucesivas conversiones al ateísmo y a la religión debidas a azares de la vida, como si la espiritualidad dependiera de eso. Comete también el fallo de colocarnos a un sacerdote que llega al curato no por vocación, sino por necesidad económica, que fue la decisión que el propio Alarcón no se atrevió a tomar en su juventud. Para defender sus tesis, no parece lo más apropiado. Pero quitando estos defectillos, *El Niño de la Bola* es una novela que se sigue con interés, y que ha sido justamente celebrada por buena parte de la crítica. Según su autor, la primera edición se agotó a los dos días, lo que da idea del éxito popular que obtuvo.

El juicio de José F. Montesinos se repite: «Sólo la increíble obnubilación que padeció Alarcón en sus últimos años pudo impedirle ver qué era lo que se le reprochaba y qué lo que se le admitía. Pereda fue tan tendencioso como él, y pasó por un gran novelista entre tirtios y troyanos. Las críticas no iban contra las ideas, sino contra una adulteración del arte».

Escrito en ocho días, *El capitán Veneno* (1881) está en la mejor línea de Alarcón. Libro muy divertido, que se sigue de un tirón, pintoresco y gracioso, recuerda el argumento de la comedia de Moreto *El desdén con el desdén*, con dos personajes muy bien dibujados: uno, militar de carácter violento, casi pendenciero, misógino empedernido; y su réplica, una mujer que terminará por conducirlo al matrimonio, simulando no tomar en cuenta las groserías del militar.

Entre 1881 y 1882, reúne en tres tomos las novelas cortas: *Cuentos amatorios*, *Historietas nacionales* y *Narraciones inverosímiles*.

La última de sus novelas, *La Pródiga*, sale publicada en 1882. Su principal defecto es, una vez más, la extensión excesiva, según el hábito del folletín. El carácter que

Alarcón quiere colocar a Julia, la protagonista, está suficientemente explicado en este párrafo de la novela: «Ha cometido el feo pecado del escándalo por exceso de vehe- mencia física, por su funesto empeño de parecerse a algunas heroínas de Jorge Sand y a esta misma escritora, y por demasiado soñar con héroes como los de Lord Byron o como Lord Byron mismo... ¡No ha tenido presente que, para la sociedad, es mucho más grave faltar a las leyes de la hipocresía que a las de la virtud!».

Por ello mismo, un lector desapasionado ve en la novela mucho más que un alegato contra el amor libre, una denuncia contra las injusticias que la sociedad rural come- tía a causa de su fanatismo religioso, guiado por un clérigo asimismo fanático antili- beral que anatematiza a quien no sigue sus comportamientos. Sin darse cuenta, habla de este fanatismo de idéntica manera a como lo hacía el librepensamiento.

La manera de apoyar los énfasis amorosos le hace caer frecuentemente en las expre- siones tópicas archisabidas de siempre, sea en las cartas de amor, sea en declaracio- nes como: «¡Amar es complacerse en la felicidad ajena! ¡Amar es gozarse en padecer por el objeto amado!... ¡Amar es morir para que los demás vivan!...». Frases que se decían ya unos poquitos años antes de que Alarcón naciera; lo malo es que aún hoy se continúa diciendo esta suerte de cursiladas.

En segundo plano, ya más diluido, hay una censura contra la política de su tiempo, el arribismo, la ambición no sustentada por el talento, o la preponderancia de la ora- toria en el parlamento sobre la capacidad y la eficacia de gestión de la cosa pública. Alarcón tenía razón sobrada en esto, pues a veces se gobernaba más con la palabra y el gesto que con acciones eficaces.

Contando con los problemas antedichos de la desmesurada extensión y de incurrir en ciertos tópicos, *La Pródiga* se lee con verdadero interés e incluso, en algunas fra- ses, con apasionamiento. Demuestra el gran talento narrativo de que hizo gala a lo largo de toda su trayectoria novelística.

En el año 1883 salen otros dos libros de Alarcón: *Juicios literarios y artísticos y Viajes por España*. El texto más extenso que incluye en los *Juicios* es el ya comentado *Discurso sobre la Moral en el Arte*. Hay otro *Discurso sobre la Oratoria Sagrada*, y notas sobre Poe, Castelar, Bretón de los Herreros, Selgas... y algunos otros asuntos no literarios. Los *Viajes* recogen excursiones a Yuste, Salamanca, Santander y Toledo, realizadas en distintos años.

En la edición de *El capitán Veneno* que la Colección de Escritores Castellanos publi- ca en 1885, incluye su *Historia de mis libros*, que más que un recuento y una explica- ción cabal, es una justificación moral de sus posturas, queriendo demostrar la cohe- rencia que, según él, había presidido siempre su obra. En el libro postrero, *Últimos escritos* (1891), se recopilan desde viajes hasta versos con una total heterogeneidad. Desde 1888, en que sufre un primer ataque de hemiplejía, la enfermedad le va minan- do las fuerzas. El 15 de julio de 1891, padece el definitivo ataque, muriendo en Madrid cuatro días después.

**Eugenio Cobo**